

El avión
Copyright ©2002 Jesús Quintanilla

No part of this publication may be reproduced in any form or by any means, electronic
or
mechanical, including photocopy, recording or any information storage and retrieval
system
now known or to be invented, without permission in writing from the publisher, except
by a
reviewer who wishes to quote brief passages in connection with a review written for
inclusion in a magazine, newspaper, or broadcast. Contact

Proyecto Editorial WindWisper,
PO Box 470
Fajardo, PR 00738

Derechos reservados 2002 Jesús Quintanilla
Se prohíbe reproducir, almacenar o transmitir cualquier parte de este libro en manera
alguna
ni por ningún medio sin previo permiso escrito, excepto en el caso de citas cortas para
críticas. Para recibir más información, dirijase a:

Proyecto Editorial WindWisper,
PO Box 470
Fajardo, PR 00738.

Pero el recuerdo de esa primera vez le dolía demasiado. Decidió regresar al presente. El cielo, ya de noche, se tornaba rojizo, como si fuera a caer una fuerte lluvia. El rancho todavía distaba al menos dos kilómetros. Apresuró el paso. A un costado del camino distinguió la figura de la avioneta roja abandonada. Siempre le llamaba la atención...como si ejerciera alguna clase de poder hipnótico sobre su persona. Se imaginaba a sí mismo como Richard Bach en "El Don de Volar", recorriendo las alturas en un avión, remontando las nubes como si estas fueran grandes olas que pudiesen llevarle al infinito hasta perderse en el azul marino del firmamento.

Casi envuelto por la hierba crecida, el aeroplano parecía un antiguo vestigio de otras épocas, un guerrero de viejas batallas soñando duras lides en tormentosas tempestades, con feraces vientos de dentellantes colmillos.

Se acercó despacio, como si pudiese escucharle, cual si fuera a salir un piloto de esos de gorrita al estilo de la postguerra que le invitara a tomar asiento. En lugar de eso, atisbó en el interior del aparato y, en medio de la densidad de las sombras, con la poca luz de relámpagos que iniciaban en las altas nubes, vio el tablero de instrumentos, el timón y los

pedales que parecían dos dientes sucios amarrados al piso. Tenía el panorámico roto, cuarteado por una piedra quizá, asomando su rasgadura como una herida vergonzosa. Quiso ver adentro, en el alma del vehículo. La portezuela parecía enmohecida, atrapada en el tiempo. La manivela---extrañamente blanca--- todavía estaba allí, como los dedos de una mano antigua, pero con vida. La jaló para abajo, y empujó hacia sí. Se abrió.

"¿Debo entrar? ¿Acaso no habrá una serpiente o alguna ponzoña esperándome?", se inquirió a sí mismo.

Se impulsó a vencer el miedo y se sentó.

Entonces, la lluvia se vino encima, torrencial e intensa.

Una melodía se escuchaba quedita en medio del atronador golpeteo de las gotas.

Glen Miller...la postguerra.

¿Cual era la canción?

¿Serenata a la luz de la luna?

La cadencia del sonido acompasado le hizo seguir el ritmo.

"Tararantararan taran", y hasta la tarareó como si sonase en su alma. Lo extraño era que por la vieja estructura del avión debería estarse mojando. Sin embargo, se sentía cómodo allí dentro, como si estuviese en un lugar apartado

del mundo, en una de las páginas de Richard Bach, viendo el horizonte enfrente suyo con el sol alumbrándole en la caída de la tarde y allá abajo, los contornos de los campos, con alguna casita y una pequeña columna de humo elevándose de una chimenea.

"Debo restaurarlo y averiguar de quién es...tal vez pueda volar", se dijo a sí mismo, envuelto por una magia que le hizo olvidar el dolor de Nadia.

La ferocidad de la lluvia amainó hasta convertirse en una fina llovizna apenas perceptible.

"Si estuviera volando en medio de una tormenta así, activaría los limpiaparabrisas", aunque el aeroplano no contaba con ninguno y con esa alegría marchó a casa, contento.